

Ala Academia general de ciencias
bellas letras y nobles artes de Cordoba
Mautoy

Vol 31 ^{Abre} D. de 1762.

DISCURSO.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA APERTURA

DEL

LICEO ARTISTICO Y LITERARIO DE CORDOBA

el día 6 de abril de 1862,

POR EL SOCIO

D. RICARDO MARTEL,

Conde de Torres-Cabreza y del Menado alto.

ell

a. 27.675

CORDOBA.—1862.

Imprenta y Litografía de D. Fausto Garcia Tena, S. Fernando 34.

R- 2034

Señores:

Hay en nuestra sierra rocas cubiertas de musgo, rocas que parecen tan antiguas como el mundo, sobre las cuales ponemos nuestro pié y apenas fijamos nuestros ojos; y sin embargo, señores, esas rocas muestran en sí las señales de inmensos tesoros escondidos.

Una noche de verano, bajo un cielo apacible, iluminada por la luz de la luna, cruza una blanca nube que se pierde en el espacio, y aquella nube, señores, es quizá el augurio de próximas tempestades.

Pues bien, esta relacion, que hija de una admirable armonia, percibís en el orden físico, es quizá mas perceptible en el orden moral.

Volved los ojos á el Oriente, corred los campos de la antigua Grecia, buscad en Italia el sepulcro de los Césares: Ninive y Babilonia, Tebas y Corinto, Roma y Cartago, se hundieron en el polvo, y sus jardines colgados, y sus torres, y sus pórticos, cruzaron como un fantasma en la noche de los tiempos; pero deteneos un momento, preguntad á sus ruinas, y allá en Oriente, entre rotas columnas y derribados capiteles, entre dorados montones de esfinges mutiladas, entre aquellas inmensas moles de pórfido y granito, quebrantadas ó derruidas, vereis escrita una palabra, la palabra *tiranía* que atraviesa los siglos para llegar hasta vosotros como el eco que se escapa de una tumba, y esa palabra os revela una idea, y esa idea os descubre un dios panteísta, un pueblo embrutecido, una civilización grande, pero pesada, inmóvil.

Si después seguís adelante, si llegais á las risueñas playas del mar Egeo, si preguntais á las ruinas de la culta Grecia, allí al observar el carcomido seno de sus impúdicas figuras, y sus baños de bruñidos mármoles, y sus estatuas desnudas y lascivas, pronunciareís otra palabra, la palabra *licencia*, palabra que es el símbolo de otra idea, idea que os revela un dios hijo de los sentidos, un pueblo envilecido, una civilización corrompida.

Pero, seguid adelante, llegad á Roma, y cuando á la orilla del Tiber, mireis quebradas las arpas de todos los poetas griegos: cuando al pié del Capitolio, halleis hacinadas y enmohecidas las coronas de todos los reyes del Oriente: cuando entre los escombros del Panteon, halleis las cenizas de todos los dios,

ses de la tierra; y embebidos en éstasis profundo, veais pasar delante de vuestros ojos las legiones de César y de Pompeyo, las águilas de Augusto, la sombra del Senado: cuando entre dobles arcos y obeliscos trasportados del Asia y del Egipto, discurrais buscando la razon, el espíritu, la idea de aquella sociedad, y halleis el circo repleto de cadáveres ensangrentados y el templo convertido en inmunda cloaca de la prostitucion: cuando entre el humo de su inmensa hoguera, os salude Neron con horrible carcajada, y halleis la *gens* de rodillas ante la lanza del *quirite*: cuando agoviados bajo el peso de aquella atmósfera de plomo, de aquel derecho de hierro, querrais huir del hogar y de la patria, y se alcen delante de vosotros las haces consulares y gimiendo la tierra se postre esclava cubierta de lágrimas y sangre: cuando mas tarde, apartando los pliegues de vuestra horrible pesadilla, llegue hasta vosotros el pausado eco de la campana brindando paz desde las torres del Vaticano, y á su sonido despierten en vuestra mente la imágen del siglo IV desplomando la Germania ruda sobre la enervada Roma, la imágen del siglo V colocando la cruz sobre la frente de la Germania, y huya vuestro sueño, y alceis los ojos, y miréis en torno, y solo veais la Basilica cristiana que cierra el horizonte, superior à todas las edades: entonces, señores, al limpiar de vuestra frente el frio sudor de vuestro sueño, pronunciareis otra palabra, la palabra *impotencia*, fulminada contra toda civilizacion ecléctica, porque habreis aprendido que la obra del hombre, por mas que oprima ó que admire al hombre, siempre se reduce como de tierra á polvo, cuando no la sostie-

ne ese *algo* que nos viene de otra parte, ese *algo* que nos dá la fe.

Ved aquí, señores, como á la manera que un hábil naturalista, colocado á la margen de un caudaloso río, por las arenas, por los troncos que arrastra, conoce los climas y las regiones que baña: así nosotros, preguntando á esas ruinas que arrastra en su cauce el gran río de los tiempos, conocemos y juzgamos los lejanos siglos y las pasadas civilizaciones.

Pero semejante estudio, señores, sería estéril, la arqueología, la numismática, la historia en general carecerían de aplicación, si de esa luz recogida sobre los sepulcros, no pudiéramos formar la antorcha que alumbrára nuestro porvenir.

La experiencia, señores, no es otra cosa que el conocimiento del gran cuadro de las armonías, que nos enseña la precisa relación entre el todo y la parte, entre la causa y su efecto, y hé aquí por qué, robustecidos con el gran caudal de experiencia que nos legan los siglos, bástanos á veces una palabra, una institución, para distinguir el rumbo, el espíritu de cada pueblo, entre las modernas sociedades.

Pues bien, si es cierto que á la débil luz que vaga sobre las tumbas de nuestros padres, entreve-
mos alguna página del oscuro porvenir: si es cierto que la verdadera esperanza se funda en la experiencia: saludemos á Córdoba, señores, á Córdoba que hoy se levanta émula de su historia, á Córdoba que viene esta noche á dar á el mundo, la mas patente prueba de su verdadera regeneración.

Quizá, al vernos instalados en este local, sin gabinetes científicos, sin biblioteca, al considerar que nuestro Liceo renace hoy como el fenix de sus propias cenizas, pero que aun le falta mucho para llegar á su natural existencia, al preveer que los plausibles esfuerzos de nuestro digno presidente de la Junta directiva, de los señores socios todos, que cooperan á la realizacion de tan feliz pensamiento, han de encontrar aun, dificultades en su camino, quizá, repito, habréis creido que mi entusiasmo es hijo de una concepcion fantástica, de una ilusion pasagera; no, señores, la importancia de una institucion no debe medirse por el lugar que ocupa en el mundo de los sentidos, ni por la facilidad que determina su pronta realizacion; un hecho, por pequeño que aparezca, puede ser muy grande en la historia de un pueblo por lo que en ella significa, y nuestro Liceo, pobre y pequeño aun, nuestro Liceo mas bien iniciado que planteado hoy, es sin embargo entre nosotros el símbolo de una gran idea y el fundamento de una grande esperanza. Oidme:

Señores: nuestro siglo es grande, grande porque reúne poderosos elementos. La materia inerte á favor de portentosos procedimientos, parece como que se anima, que despierta de su eterno letargo, y ora resbalando en grandes moles sobre vias de hierro, ora modulando suavísimos sonidos, ora moviendo con pasmosa celeridad la aguja eléctrica, parece que intenta decir al espíritu: yo supero en fuerza tu voluntad.

en *expresion* tu *sensibilidad*, en *rapidez* tu *pensamiento*.

Pero si la materia, señores, progresa, avanza, es porque el espíritu progresa, avanza también. La humanidad, señores, sacrificada en Oriente en las aras de implacables dioses, corrompida en Grecia y adorando en su Olimpo numerosas falanges de dioses prostitutos, esclava en Roma y adormecida con el opio de escepticismo, rompió al fin las cadenas de su ignorancia, y..... no con sangre, señores, con palmas y con olivas borró la huella de cuarenta siglos.

Vedlo, señores, el grande Júpiter Olímpico no ocupa ya entre nosotros el trono de los dioses, el águila potente, el águila, emblema de la *actividad suma*, desapareció también, porque la sola *actividad*, señores, no basta á simbolizar la creadora *inteligencia*.

La Venus griega, la turgente Venus, desgarrar su mármoreo seno y lanza un profundísimo gemido, porque en el templo de la torpe *sensacion* no caben los altares del puro *sentimiento*.

Y hasta el Hércules también, el Hércules arroja en pedazos su ferrada maza, porque la *libertad*, señores, no puede estar representada por la *fuerza bruta*, que es la imágen de la licencia.

El espíritu al tender sus alas ha descubierto nuevos horizontes, ha cruzado nuevos espacios, y olvidando sus antiguos ritos, y enlazando con impalpable anillo lo finito á lo infinito, lo condicional á lo absoluto, lo contingente á lo necesario, ha basado como en roca indestructible en la *fé* la *inteligencia*, en el *amor* el *sentimiento*, en la *justicia* la *libertad*.

Y bien señores, para demostraros la importancia, para daros á conocer la idea que representa nues-

tro Liceo, os decía que nuestro siglo es grande; ahora cúmpleme añadir que es un siglo de transición. En él pugnan dos elementos, en él la civilización antigua y la moderna dan su última, quizá, pero su más reñida batalla.

Observad, señores: aquellas grandes controversias sostenidas entre los doctores de la Iglesia católica y las sectas disidentes, ya no existen ó al menos se han debilitado. La escuela del libre examen, que no es otra cosa que el culto de sí mismo, la *egolatria* que en último resultado conduce al escepticismo, ha doblado la frente, se ha reconocido vencida en el palenque de la inteligencia, pero la hidra vive aun, y del terreno de la discusión ha pasado á la vía de hechos.

Meditad, señores, un momento sobre nuestra historia contemporánea. Todos sabeis que la filosofía cristiana es inmutable en su base como el dogma en que descansa y sabeis tambien que la filosofía heterodoxa, es variable como el criterio en que se funda: el gran Bossuet nos ha legado la historia de sus variaciones. Ahora bien, si observais un poco la moderna Europa, por todas partes hallareis mezclados, confundidos, estos dos caracteres, la perpetuidad y la volubilidad.

Vereis naciones que sin abjurar su lema de *no intervencion*, intervienen en todas partes convirtiendo la política en una especie de casa de vecindad. Vereis imperios que llamándose *la paz*, no caben ni en los mares, ni en la tierra con sus inventos de guerra. Vereis ejércitos que llamándose *libres*, luchan en Crimea por sostener un déspota, que llamándose *católicos* luchan en Italia contra la voz de un Pontífice.

Vereis, en fin, por todas partes aclamado *el derecho*, pero santificado el *hecho*..... Es que en nuestro siglo luchan confundidos dos principios distintos, la autoridad y la licencia, el deber, principio inmutable que se eleva al cielo como la palma de los mártires, y la utilidad que se arrastra acomodándose á todas las sinuosidades de la tierra, como la vid y la yedra que encubren las bacanales.....

Y bien, todos mas ó menos, segun nuestra afición á esta clase de estudios, conocemos la grandeza y á la vez la perplejidad que caracterizan nuestro siglo, todos admiramos los poderosos elementos de que dispone, y lamentamos la incertidumbre, la falta de fé que lo detiene, que lo embaraza.

En medio de esos portentosos descubrimientos que nos muestra cada un dia la luz de la ciencia, en medio de esas creaciones del arte, verdaderas maravillas del genio, que nos cercan y nos sorprenden, en medio de ese progreso asombroso en que caminan todos los ramos del saber humano, y bajo ese riquísimo manto de prosperidad y riqueza que reviste á nuestros ojos todas las sociedades, un doloroso quejido se escapa de su seno, un quejido lastimoso que nos hace estremecer.

La falta de *fé*, señores, hace germinar el hastio, el tedio, en medio de la abundancia y convierte la púrpura y el oro en riquísimo, pero funeral sudario, para los corazones descreidos; la falta de *esperanza* hiela en nuestros lábios la voz del entusiasmo y convierte nuestras alegres fiestas en ecépticas, desgarradoras orgias; la falta de *caridad* rompe los mas dulces lazos y diseca las almas con el abrasado so-

plo del egoísmo; la falta en fin de todas las virtudes, deja hueco suficiente para que se introduzca, á debilitar la grandeza de nuestro siglo, la destructora carcoma de todos los vicios, y el mal cunde, y la gangrena abanza, y el temor se pinta en todos nuestros rostros, porque ese quejido que viene á turbar nuestros placeres, es la carcajada epiléptica que al compás de la sociedad que rië, lanzan aquellos otros seres á quienes la falta de fé han cerrado ya las puertas de la ciencia, á quienes la falta de esperanza ha dejado ya las manos vacias de obras buenas y el corazon preparado al mal, á quienes la falta de caridad ha hecho egoístas y negado á sus almas disecadas el vivificante rocío del amor, á quienes la falta, en fin, de todas las virtudes ha embrutecido, y afeado, y corrompido, y pululan entre nosotros, ó se arrastran maldicientes en la mansion del crimen; ayer hermanos nuestros, hoy seres abyectos, enemigos quizá, porque sus propios vicios los arrojan del gran banquete social.

Hé aquí, señores, por que nuestro siglo es grande, y á la vez incoloro, dispone de grandes elementos, pero carece de unidad en su idea, lleva en sus manos las armas de un gigante, y lleva en su corazon la perplejidad de un niño; el bien y el mal se disputan su afecto, él puede reanudar la quebrantada cadena de la civilización á las doradas puertas del siglo XX, y él puede legar á las generaciones futuras el caos y la barbarie del siglo V. Todas las grandes cuestiones sociales, están ya resueltas ó pueden resolverse en el terreno de la razon, á la clara luz de la filosofía cristiana, y sin embargo, el error vive porque busca su existencia en brazos del pro-

selitismo, porque huyendo la noble liza de la inteligencia, explota en su provecho la sencilla credulidad de las masas para ahogar la luz de la verdad con la exaltacion de las pasiones, la voz de la razon con los gritos de la muchedumbre.

Por eso los pueblos y las naciones en combustion subterránea, elaboran hoy individual y separadamente su misterioso porvenir, por eso los pueblos y las naciones entregados á sí mismos, escogen ó preparan por sí sus propios colores, colores que simbolizan, ora una idea de paz, de union y de progreso, ora otra idea de exclusivismo y anarquía, colores de cuya mezcla misteriosa, ha de resultar bordada la enseña del siglo XIX.

Todos vosotros, señores, y con vosotros todos los modernos publicistas, han sentido ya el choque de los contrarios elementos que se agitan en el seno de la sociedad presente; pero no basta hoy á mi propósito indicaros la existencia del mal, es preciso que me sigais á el estudio de su verdadera causa, y entonces al encontrarlo combatido en su origen por el espíritu de nuestro Liceo, al contemplar como esta corporacion literaria que hoy renace entre nosotros, es el mas fuerte paladin de la mas justa de las causas, entonces, señores, esta asociacion que hoy os parece insignificante, se convertirá á vuestros ojos en centinela avanzado que vela por vuestra propia seguridad, por la integridad de vuestros derechos, y estas paredes, entre las cuales venís hoy à buscar quizá un mero pasatiempo, serán para vosotros los robustos muros, los formidables bastiones que opone á la barbarie el brazo de la civilizacion.

Hemos dicho señores, que nuestro siglo es grande en elementos, pero que la duda, la lucha de opuestas ideas lo detiene, lo embaraza en su camino.

Y bien señores, ¿qué dicen, cómo se espresan sobre este delicado asunto la mayor parte de nuestros filósofos publicistas?

Colocados sobre el oculto cráter del volcan que ruge, á la vista de las repetidas convulsiones sociales que experimentamos, los unos las creen obra de la ambicion de algunas naciones y claman por un congreso, los otros lo hacen cuestion de razas y pretenden dividir la humanidad en grandes grupos enemigos; pero los unos no conocen que la causa que señalan es muy pequeña para un efecto tan grande, mientras los otros se esfuerzan en vano por demostrarnos su aserto en revistas y folletos, sin conocer que el Dios de las castas indas se avergüenza á la luz del siglo XIX, sin advertir que el hombre, sajón, eslavo ó latino, cuando ha conocido á el hombre no puede ser su enemigo, siu reparar que entre el tumulto de las individualidades, la mecánica progresa acortando las distancias para hacer una todas las naciones, la filosofia avanza hacia el dogma buscando una base para hacer una todas las inteligencias, la lengüística camina por hacer uno todos los idiomas y que quizá, entre el violento choque de todas las ideas, de todas las pasiones, se resuelve hoy el gran problema de la unidad universal.

El mal, señores, que determina la lucha, que hace estéril la grandeza de nuestro siglo, no está en el diverso origen de las razas, ni en la noble emulacion de las nacionalidades: la Inglaterra, esa pro-

testante Inglaterra que ha derribado de sus altares las imágenes de nuestros santos para colocar en ellos á Oliverio Cronwell, á Nelson ó á la hija adúltera de Enrique VIII. La Inglaterra, señores, metrópoli de la filosofía racionalista, favoreciendo con millones de libras esterlinas los trabajos de sus sociedades bíblicas, ha derramado su letal veneno en todas las naciones: doquiera que volvais los ojos allí vereis su aspecto sombrío anublado la verdad del dogma, falseando la política, corrompiendo la literatura, envileciendo las creaciones del arte, ejerciendo su perniciosa influencia hasta en las costumbres, señores, porque su aliento sensualista ha venido á empañar hasta la pureza de nuestro hogar cristiano.

Hé aquí por que, entre individuos de una misma raza, de una misma nacion, de una misma familia, encuentran todos los sistemas enemigos y partidarios; hé aquí por que, todas las naciones, ferozmente armadas, asisten impasibles al sangriento espectáculo de la Italia y temen llegar al fuego porque no prenda en su propio combustible.

La Inglaterra, señores..... yo me figuro ver á la Inglaterra alzándose sobre las encrespadas olas del Occéano, tender hacia la Europa sus denegridos brazos de hierro y oro, y apartando su rostro como la hija ingrata de las cruces del Vaticano, sonreir satisfecha, apurando gota á gota las lágrimas que hace exprimir al mundo en su seductor abrazo..... Por ella ó mas bien por el negro espíritu que alimenta, la desunion, la incertidumbre y la muerte contrastan en nuestro siglo con la paz, la fé y la vida, y el entendimiento vacila al dirigirse á Dios y el edificio de

la ciencia vacila tambien: y el corazon padece en la lucha de dos opuestos sentimientos y el arte padece ó muere porque el corazon padece: y la voluntad abate sus alas, y las costumbres y el espíritu publico quedan entregados à unas cuantas manos mercenarias: y hasta el lenguaje, señores, se corrompe tambien, y ese don precioso del Eterno Padre, ese lazo destinado á revelar las ocultas y sublimes relaciones de los espíritus, se convierte en perjudicial instrumento que enaltece y ensalza la concupiscencia y la carne.

Tended señores, la vista en derredor de vosotros mismos.

¿Buscáis la ciencia? recorred los estadios de la prensa, penetrad en el Ateneo de Madrid, en esa *Holanda pacífica española*, como la ha llamado hace poco uno de nuestros mas floridos oradores: allí el *génio familiar* de Sócrates se sienta junto á la *estátua* de Condillac, allí De-Maistre pasea satisfecho junto á las puertas del falansterio, allí son evocados desde Erasmo y Maquiavelo hasta Balmes y Valdegamas, desde el Doctor Angélico hasta el sofista Rousseau: pues hé aquí, señores, la lucha, la incertidumbre, en los espacios de la ciencia.

¿Buscáis el arte? recorred nuestras calles, nuestras plazas: junto á la portada gótica, que eleva al cielo sus agujas, hallareis la portada Greco-Romana, adornada de silfides desnudas y tritones y náyades. Penetrad en los palacios: sirviendo de basa á un grande escudo nobiliario que os recuerde los siglos medios, hallareis quizá un grupo de bacantes desgrenadas, ó á Polux y á Castor que tocan la flauta.

Llegad al templo: junto á el ángel postrado, de semblante suave y apacible, que ora recogido al pié del tabernáculo, cubierto con su larga túnica plegada; vereis otros, ángeles tambien, pero ángeles atletas completamente desnudos, llevando en cuadrillas púlpitos y altares, atriles y candeleros; pues hé aquí, señores, la lucha, la indecision en los espacios del arte.

¿Buscais las costumbres? quién de vosotros no ha asistido á alguno de esos espectáculos en que al contacto de las manos hablan y predicen las mesas giratorias? ¿Quién no se ha visto acometido por alguno de esos nuevos magos, que al pié de los altares de Cristo pretenden resucitar el alma universal con Pitágoras, y la evocacion de los manes con Lucano, y mecerse en el trípode como otras tantas embaucadoras pitonisas?

¿Buscais la literatura? quién no ha suspirado alguna vez al encontrar la indeleble huella del espíritu profano en nuestros mas populares escritos? quién no ha encontrado la *República Católica* por la *Iglesia Católica*? la *caridad* disfrazada en la *Venus cristiana*? las *virtudes* en el traje de las *musas*? el mismo *cielo* convertido en *Olimpo*?

Tristísimo espectáculo, Señores: nuestro siglo afectando olvidar la sangre de los mártires, los heroicos hechos de las edades medias, los anales todos de diez y ocho siglos, rebusca en los sepulcros del mundo antiguo, girones de púrpura que están manchados con la sangre de los esclavos, liras griegas y romanas empapadas aún en el nectar vertido en las mas desenfrenadas orgías, mientras que el mundo antiguo huye avergonzado del siglo XIX, porque

ese siglo, Señores, sin apreciarlo quizá, lleva en su frente la brillante aureola de la libertad, y en sus manos el arpa divina de la inspiración cristiana.

Y bien, reasumamos, señores: os he dicho que nuestro siglo es grande en elementos: he procurado demostraros que en él se nota la contraria influencia de dos principios distintos: os he dicho también que estos principios luchan de una manera latente: que el error halla su vida en la seducción de las masas: pues bien, en medio de los azares de esa lucha, reparad la actitud de cada pueblo.

Los unos se dejan fácilmente arrastrar por la corriente de la teoría, sin sospechar que puede haber en ella arrecifes ocultos, escollos ó precipicios: los otros intentan oponerse á ella levantando por diques, ejércitos y escuadras, muros y torreones y consumen su propia vida en inútiles aprestos: Córdoba en tanto abre su Liceo, es decir, alza un templo á la verdad, templo donde vengan á purificarse todas las opiniones, templo donde se conserve el ara de la amistad y se apague la tea de la discordia, templo donde no haya nunca vencidos ni vencedores, sino que todos seamos á la vez *convencedores* ó *convencidos*, y no se deja arrastrar por el brillo de teorías deslumbradoras, porque sabe que la esclavitud del pensamiento es la más dura esclavitud, y no opone tampoco á la opinión la fuerza, porque sabe que la fuerza material es impotente, que al vuelo de la razón solo se opone la razón misma y que al ten-

der sus alas una idea, caen á su voz ejércitos y ciudades como cayeron al sonido de las trompas de Israel los muros de Jericó.

Ved aquí por qué, señores, nuestro naciente Liceo, donde juntas han de tejer sus guirnaldas las ciencias y las artes, nuestro Liceo que ha de derramar los tesoros de la verdadera ciencia, sobre aquellas clases condenadas tal vez á no gozarlos nunca, nuestro Liceo pobre y pequeño aún, pero fundado sobre las bases del amor y de la caridad, es entre nosotros el símbolo de aquella civilización que, encerrada un día en las frías catacumbas, salió de allí para cambiar la faz del mundo: de aquella civilización que hoy mismo, cuando sufre su más traidor ataque, es el áncora que busca en su naufragio la misma protestante Inglaterra, abriendo su parlamento á los hijos de la católica Irlanda: de aquella civilización que hoy mismo, cuando se la cree abatida, impele con misteriosa pero gigante fuerza hácia una gran idea la desvencijada Europa, socorre pródiga y solícita á sus hijos de la Escandinavia y de Oriente, difunde su luz en las selvas del Oregon y en las márgenes del Misisipí, deja oír su voz en las remotas playas de la Australia y de Oceanía y en el celeste Imperio, sobre las caladas torres de la China, enriquece con páginas de oro la historia de nuestro siglo.

Concluyo, señores: el primer paso está dado, el camino abierto.

Hace algunos años que encerrado aquí, entre una feracísima campiña y una pintoresca sierra, el genio de Córdoba parecía adormido; pero á su oído lle-

garon las auras del progreso, el hálito del siglo XIX, y el génio despertó y alzó la frente y tendió sus alas y voló á cernerse sobre las torres de su ciudad querida. Desde entonces una nueva luz iluminó el espacio, una nueva esperanza se albergó en todos nuestros corazones, la prensa periódica dilató su esfera, la academia abrió sus puertas á nuevos y entusiastas socios, la amistad tendió su manto y nacieron nuestras reuniones literarias, el amor aprestó sus flores y nacieron nuestros juegos florales, solo faltaba una institucion que representara nuestra idea, un cuerpo que llevara al mundo de los sentidos la vida de nuestra alma, y ese cuerpo, señores, nace al nacer nuestro Liceo. Magnificas portadas, suntuosos monumentos puede alzar aquí el oro de cualquier nacion vecina; pero el Liceo, señores, es hijo nuestro y solo vive con la vida de nuestra propia inteligencia. Aún reclama de nosotros algunos sacrificios, lo sé, pero ayudémosle, señores, hoy es un arbusto nacido en nuestro hogar, guarezcamos su tallo que mira al cielo, dejémosle producir flores para el alma y será mañana árbol frondoso en cuyo tronco se inscribirán vuestros nombres y á cuya sombra crecerán vuestros hijos: He dicho.